

(Transcripción no revisada por el autor)

EL PENSAR ORGÁNICO Y SU APLICACIÓN EN EL MATRIMONIO

1. La misión del 31 de Mayo y el pensar orgánico

El P. Kentenich define la Misión del 31 de Mayo como una cruzada por el *pensar, amar y vivir orgánicos*. Para amar orgánicamente (y esto es lo central), es preciso pensar orgánicamente. Ambas dimensiones se expresan y a la vez se aseguran en una forma de vida orgánica.

Para muchos, quizás esta formulación resulta un tanto teórica. Sin embargo posee un enorme contenido vital y práctico. Cuando nuestro Padre proclamó la misión no quiso involucrarnos sólo en una lucha teórica o doctrinal (la defensa de la mentalidad orgánica y la lucha contra el pensar mecanicista). El tenía ante sí los problemas concretos del hombre de nuestro tiempo. El buscaba sanar las llagas de nuestra cultura, de esa cultura en la cual estamos inmersos. En las reflexiones que siguen, más que explicar el contenido doctrinal de la misión, nuestro objetivo es mostrar las implicancias y aplicaciones concretas del pensar, amar y vivir orgánicos.

En un primer paso nos detendremos a considerar *la importancia práctica del pensar orgánico*. Para ser aún más específicos, focalizaremos nuestra atención especialmente en la vida matrimonial y familiar. Luego será fácil ampliar a otros ámbitos esta reflexión.

Dos palabras para resumir lo que entiende el P. Kentenich por mentalidad o pensar orgánico. El pensar orgánico consiste en un modo de ver la realidad. Quien piensa orgánicamente tiende a ver las cosas o las personas en su realidad integral. Ve las partes en el todo. Ve las relaciones de las partes entre sí. No separa lo que en la vida está interrelacionado. No divide en forma mecánica lo que vitalmente está unido. Es aquel modo de pensar que se caracteriza por el “y-y”, a diferencia de la mentalidad mecanicista caracterizada por el “o-o”.¹

2. Aplicación del modo de ver orgánico al matrimonio

Mencionamos algunos puntos:

- Primero, el pensar orgánico nos lleva a considerar a nuestro cónyuge en la totalidad de su persona.
- Segundo, considera en el tú su realidad corporal, intelectual, espiritual y sobrenatural.

¹ En el libro de Ed. Patris, “El 31 de Mayo, una misión para nuestro tiempo”, pp. , se puede leer más al respecto.

- Tercero, considera a nuestro cónyuge en su trayectoria histórica.
- Cuarto, ve al cónyuge en su relación con Dios.

2.1. El pensar orgánico considera al cónyuge en la totalidad de su persona

Abrirse a la realidad total del tú

El pensar orgánico nos lleva a ver y a valorar a nuestro cónyuge en la totalidad de su persona. Ver a una persona en su realidad total, orgánicamente, significa centrarse en lo que ella es: un ser querible, creado a imagen y semejanza de Dios, con un cúmulo de grandes dones y potencialidades, pero que también cuenta con limitaciones y carencias.

Verla en forma orgánica, significa abrirse a una realidad distinta a la nuestra. No parcializar la imagen que tenemos del tú, sino abarcar e interesarse por su condición concreta, física, emocional, espiritual y sobrenatural. Significa ver y valorar con nuestra mirada sus aspectos positivos, y, a la vez, ver y discurrir cómo ayudarle a superar o sobrellevar sus defectos y carencias.

El P. Kentenich nos llama a tener esta forma de mirar, “orgánicamente”, a nuestro cónyuge, y a superar con ello un modo de verlo y valorarlo mecanicistamente.

Una visión mecanicista del tú se da cuando nuestra visión es parcial, sesgada e incompleta. El pensar mecanicista separa y extrapola realidades, parcializa. Esto sucede, por ejemplo, cuando consideramos y destacamos en su persona sólo los defectos. Decimos que tal persona es un mañoso, un incumplidor, que no hace bien las cosas, que llega tarde a casa, que tiene mal genio, etc. Extrapolamos casi en forma absoluta aspectos de su personalidad. Es como si al contemplar un árbol sólo viéramos las ramas (y especialmente las ramas secas), pero no el tronco, ni las raíces, ni las flores, ni los frutos del árbol.

El modo de ver mecanicista pone anteojeras a nuestra mirada; colocamos etiquetas, estigmatizamos con calificativos que abarcan sólo facetas de la personalidad de nuestra esposa o de nuestro esposo. Los definimos unilateralmente y los encasillamos.

¡Cuánto mal nos hacemos a nosotros mismos y a nuestro cónyuge con esta forma de ver y valorar! Porque esa persona no es sólo un “atado de mañas”, de defectos, de cosas negativas, sino que tiene, además, muchas otras cualidades. Más allá del mal genio o de su desorden, esa persona quizás cuenta con un corazón de oro, posee un gran espíritu de servicio, es fiel ...

Extrapolación de lo negativo

¿No tenemos una visión demasiado estrecha del tú, especialmente de aquellas personas que están más cerca de nosotros? ¿No tendemos a extrapolar lo negativo? Sin duda que ello no es lo más esencial de nuestro cónyuge.

Por eso, ¡lucha contra el pensar mecanicista!, que nuestra mirada “orgánica” nos lleve a no perder nunca de vista lo valioso que hay en el tú, que, sin duda, es más que las carencias o defectos que éste pueda tener. La totalidad de la persona es más que una de sus facetas.

La mentalidad orgánica se ejercita y se afianza cuando nos esforzamos por mantener vivo en nosotros “el primer amor”, ese amor que nos hizo “clarividentes”, que nos llevó a valorar y destacar particularmente lo positivo en la persona que nos enamoró. Tratemos que no se apague en nosotros esa mirada lúcida. Cada día descubramos de nuevo al tú. Mostrémosle que nosotros vemos más que lo que otros pueden ver. Y no guardemos en nuestro corazón la admiración que tenemos por nuestro cónyuge, expresémosla. Nos hará bien a nosotros y e él.

Aceptar a la persona y a su mundo

Pensemos en otras situaciones. ¿No sucede a veces que la esposa quiere tener a su marido para sí todo el tiempo? El amor de la mujer muchas veces es posesivo, tiende al exclusivismo. Ve al marido sólo en función de sí misma. Reclama el afecto que necesita de esa persona. Le cuesta asumir que esa persona es alguien que debe trabajar, que tiene responsabilidades profesionales, políticas, sociales, etc. Es decir, ve a su marido mecanicistamente, sólo en una dimensión y, por lo tanto, no acepta de buena gana otras dimensiones de su realidad personal y profesional.

Situaciones análogas suelen darse más a menudo durante el tiempo de noviazgo: las jóvenes quisieran tener todo el día junto a sí a su enamorado y olvidan que él es estudiante, que no puede descuidar materias en la universidad, sus exámenes, por verla a ella. Igualmente lo desligan de su familia, queriéndolo sólo para ellas y no entienden que tiene papás, hermanos, amigos. Es una manera de ver mecanicista e inorgánica. Y por eso van alejando al muchacho de su familia y de sus amigos. Esto genera problemas, desequilibrios, que redundan en un amor mecanicista, inorgánico y también en una manera de vivir mecanicista e inorgánica.

Fomentar los talentos

Pero también puede darse un fenómeno semejante en los esposos. Muchas veces *no consideran a sus esposas en la globalidad de su persona, de sus aspiraciones y talentos*. Piensan que ellas, por ejemplo, están para servir -más concretamente- para servirlos a ellos. Existen esposos que no se preocupan mayormente por fomentar talentos en sus esposas o de tomar suficientemente en cuenta anhelos que laten en su alma. Esto genera un callado resentimiento y, no pocas veces, provoca una reacción inesperada: la esposa termina de pronto abandonando hogar, hijos y esposo. Aquello que estaba reprimido buscó expresarse, rompiendo los marcos habituales en un ansia de recuperar “la vida no vivida”.

¿Percibimos que el pensar mecanicista, lejos de ser algo abstracto, es algo muy concreto?

2.2. El pensar orgánico considera al tú su realidad corporal, sensible, espiritual y sobrenatural

Cuerpo y espíritu

Profundizando el punto anterior, pensemos en una realidad que abunda en nuestra cultura. Hoy existe una mentalidad extremadamente mecanicista en la forma de considerar el cuerpo. Cuán a menudo se tiende a disociar cuerpo y alma. Especialmente el varón, debido a su estructura psicológica tiende a separar lo corporal (entiéndase aquí, lo sexual) de lo espiritual o personal. Se ve entonces el cuerpo del cónyuge separado de su espíritu, de su estado de ánimo, de su disposición espiritual. Esto lleva no pocas veces *a tratar al otro como un objeto*.

Por otra parte, en el mismo sentido, junto con desligar lo corporal de lo espiritual, menos aún se considera que ese cuerpo es templo del Espíritu Santo, santuario de la Santísima Trinidad.

Semejante actitud acarrea grandes conflictos en la práctica; pues la mujer normalmente rechaza esta visión (y el consecuente trato) que mutila su realidad. Ella no tolera, en la medida que ha conservado sana su alma, ser tratada como objeto. En la sociedad actual, por lo general, existe en este sentido un tremendo mecanicismo. Se tiende a tomar al tú como una cosa (un objeto que procura placer sexual), o como pieza de recambio y no como una persona. El cónyuge no es sólo cuerpo, es cuerpo y alma; un espíritu encarnado, cuya interioridad –su alma, su afecto- se quiere expresar a través de lo sensible y que, a la vez, quiere llegar de lo corporal a lo espiritual. Esta “organicidad” debe tenerse muy en cuenta en un mundo donde, como dijimos, reina la disociación de cuerpo y alma.

3. Vemos la persona del cónyuge en forma orgánica, cuando la consideramos en relación con su historia

Una visión cinematográfica del tú

Podemos describir la visión orgánica como una visión “cinematográfica” del tú. ¿Qué queremos decir con esto? Que somos seres históricos y en gran parte nos explicamos por nuestra historia. Ver al tú cinematográficamente significa verlo considerando su origen, sus padres, el ambiente en que creció, su educación, los problemas por los que tuvo que pasar en las diversas etapas de su vida ... Se trata de una visión orgánica: consideramos a la persona en su trayectoria vital, no sólo en el aquí y el ahora, no como en una fotografía, en una instantánea de este momento concreto, sino en la perspectiva de su proceso y camino vital (“los orígenes marcan” reza un conocido adagio). Y porque la vemos en su contexto histórico podemos comprenderla mejor y adecuamos mejor a ella.

El pensar orgánico, afirma el P. Kentenich, es un pensar “perspectivo”. Ve en perspectiva, no en forma unidimensional. Por el contrario, el mecanicismo ve sólo “puntualmente”. Tomamos una foto instantánea del esposo o de la esposa (muchas veces en un mal momento) y nos quedamos fijados en ese momento. Pensemos, por ejemplo, en algo que sucede a menudo en los matrimonios. Las esposas se quejan que el marido no sabe expresar su afecto, que no sabe ser tierno; que no conoce el mundo de la caricia “gratuita”. Eso les lleva a quejarse, a exigir a veces lo imposible, o a deprimirse ante esa realidad.

Si se tuviese una visión orgánica-histórica del cónyuge, la relación sería distinta. Se consideraría ese hecho en una perspectiva histórica. Se percibiría que tal vez él nunca recibió suficiente cariño o muestras de afecto de sus padres en su niñez; que éstos no se preocuparon de él; que lo único que les importaba era exigirle que se comportase bien, que estudiara, que obtuviera excelentes calificaciones, etc. Entonces nos sería más comprensible que no sepa o no acierte a demostrar su afecto. Y así, en lugar de quejarse o de recriminarlo por ello, considerando su historia, nuestra actitud, más que de reclamo, sería de procurarle ayuda para se despierte en él, por una nueva experiencia, lo que se esconde en el fondo del alma sin haber podido aflorar. De este modo, a partir de esa comprensión “cinematográfica” u orgánica, podremos lograr cambios insospechados en nuestro cónyuge.

4. El pensar orgánico ve al cónyuge en relación con Dios

Un regalo de Dios

Quien piensa orgánicamente posee una visión amplia de la realidad. Va más allá de lo tangible materialmente. Su horizonte llega hasta Dios. Nunca considera la creatura desligada del Creador.

El hombre actual, denuncia el P. Kentenich, contagiado por la mentalidad mecanicista, ver las personas y las cosas desligadas de Dios. Es radicalmente materialista. Su visión adolece de miopía. No es capaz de mirar al más allá.

¿Vemos a nuestro esposo o a nuestra esposa en relación con Dios? Más específicamente: ¿Vemos a nuestro cónyuge como hijo de Dios Padre, como miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo?

La visión orgánica nos muestra a esa persona a quien amamos como un don y regalo especialísimo de Dios, hecho a su imagen y semejanza. Esa persona, a quien nos hemos unido por el amor, es un transparente suyo y un saludo de Dios para nosotros. Encarna parte de sus perfecciones, de su belleza, de su bondad, de su amor por nosotros. Es como un espejo en el cual se refleja la imagen infinita y trascendente de Dios en forma humana y palpable.

El ser humano, como lo dice el Génesis, fue hecho “a imagen y semejanza de Dios”. Pero, ¿hemos descubierto esa imagen y esa semejanza en esa persona a la cual estamos ligados para siempre? ¿Hemos descubierto ese rasgo divino en el ser que amamos? O, quizás, nos hemos vuelto también miopes. Mecanicistas. Ni siquiera pensamos en la vida cotidiana que esa persona es sagrada; que es, como lo expresa el P. Kentenich, un “deseo o una idea encarnada de Dios”; que su ser es un rayo de sus perfecciones; un “saludo de Dios”; una mano que él nos tiende.

El trato con nuestro cónyuge sería distinto si esta visión orgánica estuviere suficientemente viva en nuestra alma. Reflejaría un profundo respeto y veneración. Sería algo muy diverso al trato de alguien que no posee esta visión trascendente del tú, que lo “desdiviniza”.

Si tomamos en nuestras manos el Evangelio no resulta difícil descubrir hasta qué punto Cristo Jesús se identifica y está presente en quienes son miembros de su cuerpo. Cristo las ha unido en tal forma a su persona, que en ellas lo encontramos y en ellas lo amamos. “Lo que habéis hecho a uno de estos pequeños, a mí me lo habéis hecho”. El se identifica con los miembros de su cuerpo. San Pablo, aplicando esta verdad, explica a los cristianos de Corintio que entregar el cuerpo a una prostituta, equivale a profanar el propio cuerpo, porque éste es santo, es miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo.

Encontramos en el cónyuge a Cristo, siempre que aprendamos a verlo en él. En el santuario de su corazón descubrimos al Espíritu Santo que habita en él, siempre que lo busquemos allí. El pensar orgánico une naturaleza y gracia; Dios y hombre; lo natural y lo sobrenatural. Esta es la nueva visión que tenemos que practicar y regalarle al tiempo actual. Es preciso sacarlo de su miopía; abrirlo al horizonte del más allá. Esta tarea empieza en casa.

Visión orgánica y sacramento del matrimonio

De acuerdo a lo expuesto, una visión orgánica abarca toda la realidad del tú como persona, como hijo de Dios, miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo. El sacramento del matrimonio concreta aún en forma más específica esta visión.

¿En qué consiste el sacramento del matrimonio? Por la gracia del sacramento Cristo eleva la unión de los esposos, haciéndola signo sensible y eficaz de su unidad con la Iglesia y de ésta con él. *La gracia que los esposos reciben por el sacramento, los capacita para vivir e irradiar el amor mutuo de Cristo y la Iglesia.*

Cristo es la Cabeza de la Iglesia y el esposo es signo sacramental de ese Cristo, que da su vida por la Iglesia. La Iglesia es la Esposa de Cristo, toda entera de Cristo y Madre de de los hijos de Dios. La esposa es signo sacramental de esa Iglesia, o de María, que es prototipo y personificación de la Iglesia. Su entrega de amor al esposo y la donación a sus hijos manifiestan el misterio de la Iglesia. La unidad de ambos en el amor y la fidelidad, es el signo sensible de la inefable bi-unidad de Cristo Cabeza y de su Cuerpo, la Iglesia.

Esta realidad sacramental nos permite tocar otro aspecto central de la mentalidad orgánica. El pensar orgánico, afirma el P. Kentenich, es global, es relacional, es perspectivo y es, además, un pensar “simbólico”. Es decir, ama los símbolos y se expresa en los símbolos. Todo el orden sacramental opera con signos. Pensemos, por ejemplo, en el bautismo (el agua, el ser lavado, etc), en la eucaristía (el pan que alimenta), etc. En el sacramento del matrimonio el esposo y la esposa son signos sacramentales. Su unión significa una realidad que los trasciende.

La mentalidad mecanicista es marcadamente racional e ideológica, desconoce el lenguaje simbólico. Por eso le cuesta adentrarse en el mundo de la liturgia y de los sacramentos. Por eso, si se enfrenta con el sacramento del matrimonio, lo que verá será la realidad de dos personas que se aman y que son fecundas en los hijos. Entenderá que tienen que aprender a dialogar y que deben educar a los hijos. Pero descubrir en ellos a Cristo Esposo y a la Iglesia Esposa; descubrir ese “gran Misterio” al cual se refiere el

matrimonio según la expresión de san Pablo (Cf. Efesios c.5), le es prácticamente imposible.

Podemos intuir la trascendencia de esto. Si no vemos a ese tú que tenemos junto a nosotros como una imagen (un signo sensible y eficaz) de Cristo o como imagen (un signo sensible y eficaz) de la Iglesia, de María, tampoco lo trataremos y amaremos como tal. Si el esposo ve en su esposa a María, la tratará con la delicadeza, la entrega, el respeto con que Cristo trata a su Iglesia. Si la esposa ve en el esposo a Cristo, de esa forma lo respetará y se entregará a él como Cristo lo espera de la Iglesia, que es su Cuerpo. ¿Tenemos presente esta visión del cónyuge en nuestra vida cotidiana?

A modo de resumen

Pensar, amar y vivir orgánicos: una hermosa y gran tarea. Por ello se jugó el P. Kentenich hasta lo último. Por ello debió pasar 14 años en el exilio. La lucha que él emprendió el 31 de Mayo de 1949 aún sigue vigente. Este es su encargo: el cuidadoso cultivo personal de la mentalidad orgánica, que supera una cultura marcada por el mecanicismo y que abre paso a una nueva cultura más humana y más divina.

Esperamos haber contribuido con lo expuesto a desentrañar el contenido de la misión y a hacerla más aplicable en nuestra vida cotidiana. Es tarea de cada uno de nosotros “traducir” la cruzada del 31 de Mayo en todas las dimensiones de su vida.